

Hernán Toro Agudelo, gran conocedor del cuerpo constitucional, se introdujo en problemas básicos de la economía, orientado por el pensamiento marxista. Sus planteamientos sobre la cuestión agraria, incluidos de manera particular en el primer texto, permiten apreciar esta influencia en su formación, pero también, al lado de sus conocimientos teóricos, su capacidad para aplicarlos en el análisis de la reducida información disponible entonces. Vale señalar que el diagnóstico a partir del cual formuló sus propuestas políticas, solamente tenía como bases la muestra agropecuaria de 1954, el censo cafetero de 1932, la muestra cafetera de 1956 y los estudios de Ernesto Guhl, Orlando Fals Borda y Luis Duque Gómez sobre algunas de nuestras comunidades campesinas. Los rasgos descolantes de esta información no podían ser otros que la elevada concentración de la propiedad agraria, en cuyo polo minifundista se localizaba primordialmente la producción de los alimentos básicos, cumplida en condiciones de gran atraso tecnológico, difícilmente superable, dadas las reducidas extensiones y el magro potencial productivo de los suelos de las parcelas campesinas. Años atrás, un pensador que había de ejercer gran influencia sobre Toro Agudelo, Alejandro López, había advertido esta misma situación, si bien careciendo de la base estadística que sirvió a su discípulo. Sin embargo, su propuesta se orientó de manera exclusiva hacia la creación y fortalecimiento de una vasta capa de pequeños y medianos propietarios agrícolas. Toro Agudelo, por su parte, teniendo en cuenta las soluciones previamente planteadas, de las cuales deja un análisis conciso, descartó la estrategia de la pequeña propiedad como inconducente a un proceso de incremento masivo de la productividad, privilegiando en cambio la búsqueda y estímulo de formas cooperativas para la producción y distribución de los bienes agropecuarios.

Las circunstancias del país permitieron al pensador antioqueño llevar sus propuestas al terreno de la acción. Nombrado ministro de agricul-

tura en el gobierno de Alberto Lleras Camargo, Toro Agudelo fue responsabilizado del proyecto de reforma agraria que habría de plasmarse en la ley 135 de 1962.

En este terreno, los documentos incluidos en la recopilación que nos ocupa constituyen una de las mejores fuentes para conocer los principios que guiaron la formulación de la ley y de su reglamentación, así como también para el seguimiento de su aplicación temprana y la comprensión del contexto que la rodeó. La memoria de Toro Agudelo, a diferencia de muchos otros documentos de este mismo carácter, producidos en esta y en otras carteras, revelan el pensamiento y la mano de su autor. Aquí, ligeramente tamizada por el compromiso del funcionario, aparece sin embargo su línea de reflexión, profundizada gracias al manejo directo de los instrumentos y problemas del sector. Han quedado patentes los esfuerzos que imprimió en la creación de las herramientas que permitirían aplicar las políticas propuestas, como fueron el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) y el Instituto Colombiano Agropecuario (Ica). Los empeños de llevar a la práctica una amplia acción reformista para el campo hicieron ver al autor la necesidad de una más activa intervención estatal, rasgo característico de su ideario. En éste también dejó su impronta una decidida posición democrática, en lo económico y en lo político, expresa en su crítica frontal a las propuestas de la "Operación Colombia", en la cual Toro Agudelo no solamente señaló su propósito pauperizador sino también su inadecuación a las condiciones históricas del proceso económico colombiano, en el cual el estrangulamiento del desarrollo industrial no había de proveer oportunidades de empleo a los desarraigados del campo. Estos mismos principios se revelan en su posición frente a la jornada de trabajo rural de ocho horas, de la cual fue convencido defensor partiendo de criterios de racionalidad económica, con los cuales enfrentó inclusive el recortado proyecto de ley de reforma agraria presentado por

el MRL. Un tema de permanente actualidad, ligado al debate agrario y que Toro Agudelo aborda con su peculiar agudeza, es el de la comercialización de la producción campesina. Careciendo de información básica, expone sin embargo un diagnóstico que solamente en algunos aspectos se retrasa de lo que hoy, más de veinte años después, formulan los técnicos al respecto.

La profundidad en su compromiso político no permitió a Hernán Toro Agudelo apreciar las limitaciones que esta colectividad y, en conjunto, el sistema encarnado en el Frente Nacional ofrecían al avance de las estrategias agrarias por él propuestas. Esta óptica le impidió seguramente ahondar su comprensión del verdadero papel de la Alianza para el Progreso en el proceso de las reformas agrarias de América Latina, del cual pareció comenzar a percatarse, según lo atestigua uno de sus editoriales contenidos en la compilación.

El pensamiento de Hernán Toro Agudelo, aprehensible en sus alcances y limitaciones en esta selección de sus textos, amplía ciertamente el acervo del que pudiéramos llamar pensamiento liberal democrático colombiano, el cual, al parecer inútilmente, ha pretendido mostrar al país cauces para su desarrollo, alternativos a los trágicamente impuestos hasta el presente.

DARÍO FAJARDO M.

## Mucho ruido y pocas nueces

Francisco José de Caldas y la Ilustración en la Nueva Granada

Marcos González Pérez

Ediciones Tercer Mundo, Colección de Investigaciones Históricas (5), Bogotá, 1985, segunda edición, 211 págs.

Hay libros de los que se dice con justicia que su contenido excede con muchísima ventaja su título, muchas veces una sola enigmática palabra que de entrada no alcanza a insinuar

la riqueza insospechada de su contenido. Por ejemplo: me levanto de donde ahora escribo y retiró del estante un pequeño volumen pobremente editado y en cuya portada leo *Crónicas* por Luis Tejada, y al pasar con descuido sus páginas, al pie de las ilustraciones mi sorpresa agrega ahora el nombre de Ricardo Rendón. Pero desde luego, y no es el mejor premio para un lector, los hay también que ilustran de maravilla el caso contrario: un título que excede con mucha ventaja al contenido. Un ejemplo, éste que reseño ahora. Y por ahí pudo empezar. Se trata de un volumen de 211 páginas pero de las cuales (dejando de lado las más o menos rituales diez primeras páginas de "Introducción" y "Presentación") tendríamos que descontar las setenta finales, pues contienen un "Anexo" que, por una parte multiplica los temas que largamente se citan en el propio texto, y por otra parte constituyen la reedición de material sobradamente conocido y de carácter accesible en cualquier librería corriente o biblioteca pública. Lo más curioso, desde luego, en este libro sobre Caldas y la Ilustración, es que la mayor parte del "Anexo" está construida con documentos archiconocidos que tratan sobre Mutis y la Expedición Botánica, algunos de ellos tan escasamente sobresalientes, pero tan caros a la historia tradicional, como el que recoge el título dado a Mutis como astrónomo oficial o el del testamento del mismo don José Celestino.

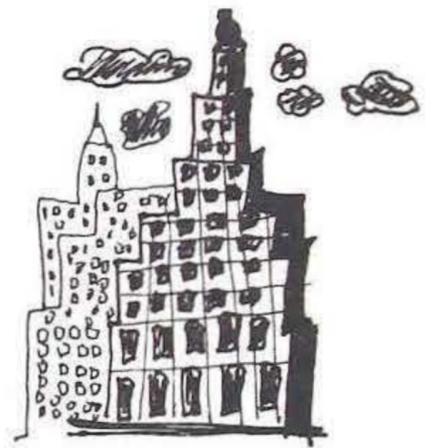
De las 130 páginas restantes habría que descontar más o menos unas cuarenta (capítulos II y III) que no tienen ningún lugar en una investigación histórica que se centre en la Nueva Granada (aunque bien pudieran ocupar su sitio en una monografía de licenciatura universitaria). Se trata de los dedicados a "Europa y la Ilustración" y "España y la Ilustración", capítulos en donde se reiteran sin novedad alguna las interpretaciones normalmente aceptadas sobre ese proceso, tal como se encuentran originalmente planteadas en las obras clásicas de Cassirer y Sarrailh, y vulgarizadas en todos los manuales

posteriores. Incluso en esto podría haber un paso atrás (si se mantiene la idea discutible de su carácter necesario para la exposición), ya que habría que tener en cuenta que esos autores son, hablando con exactitud, "premodernos", ya que sus investigaciones (excelentes por tantas razones) se inscriben en un horizonte anterior al gran corte teórico que desde mediados del siglo pasado no deja de conmover la posibilidad de la historia de las ideas como disciplina científica, y cuya manifestación actual la encontramos en obras como las de Koyre, Serres o Canguilhem, teniendo ya, tal vez, hasta manifestaciones locales en la investigación en curso de Luis Alfonso Paláu sobre la *Arqueología de la Expedición Botánica*, trabajo del cual circulan varias monografías parciales, alguna de ellas destinada precisamente a Caldas y su pensamiento.

Igual procedimiento reductivo habría que aplicar a los capítulos I (Los orígenes), IV y VII (La Expedición Botánica) y VI (La Independencia). El que trata sobre los orígenes y aquellos que se refieren a la Expedición Botánica pueden considerarse sin exageración alguna como una *crónica* en el sentido más habitual de ese género, pero excesivamente pobre en información y sin una sola palabra nueva si la comparamos, por ejemplo, con la de Federico Gredilla, sólo que ésta última fue publicada a principios de siglo. Y el capítulo VI, sobre la Independencia, presenta el defecto agudo de un tratamiento demasiado rápido y superficial apoyado en cinco o seis citas para "demostrar" que "Caldas no estuvo comprometido ni con los sucesos del 20 de julio de 1810 ni con la Independencia", tema que resalta el carácter tan poco innovador de este libro que busca oponer a lo supuestamente ya sabido una opinión contraria, sólo que bajo la misma problemática y similar tratamiento.

Tendremos que quedarnos, pues, en mi opinión, con las 24 paginitas que conforman el capítulo V, dedicado a estudiar algo tan importante como el pensamiento de Caldas a través de sus escritos en el Semanario;

pero aun aquí habría que hacer de lado las seis primeras páginas que se refieren a lo que el libro llama "Escritos sobre temas generales" y que tratan de la polémica entre Caldas y Diego Martín Tanco en torno del problema del influjo del clima sobre la población, y que se limitan a reproducir recortadas algunas de las opiniones del uno y del otro, aunque el autor diga con una mezcla de candidez y pretensión: "Hemos presentado en detalle el tema para el que lector juzgue las dos opiniones", y aunque yo deba recordar aquí que ese tema recibió en 1983 un tratamiento excelente en un artículo de Luis Alfonso Paláu, bajo el título de "Caldas: autor de un pequeño tratado pascaliano de antropogeografía".



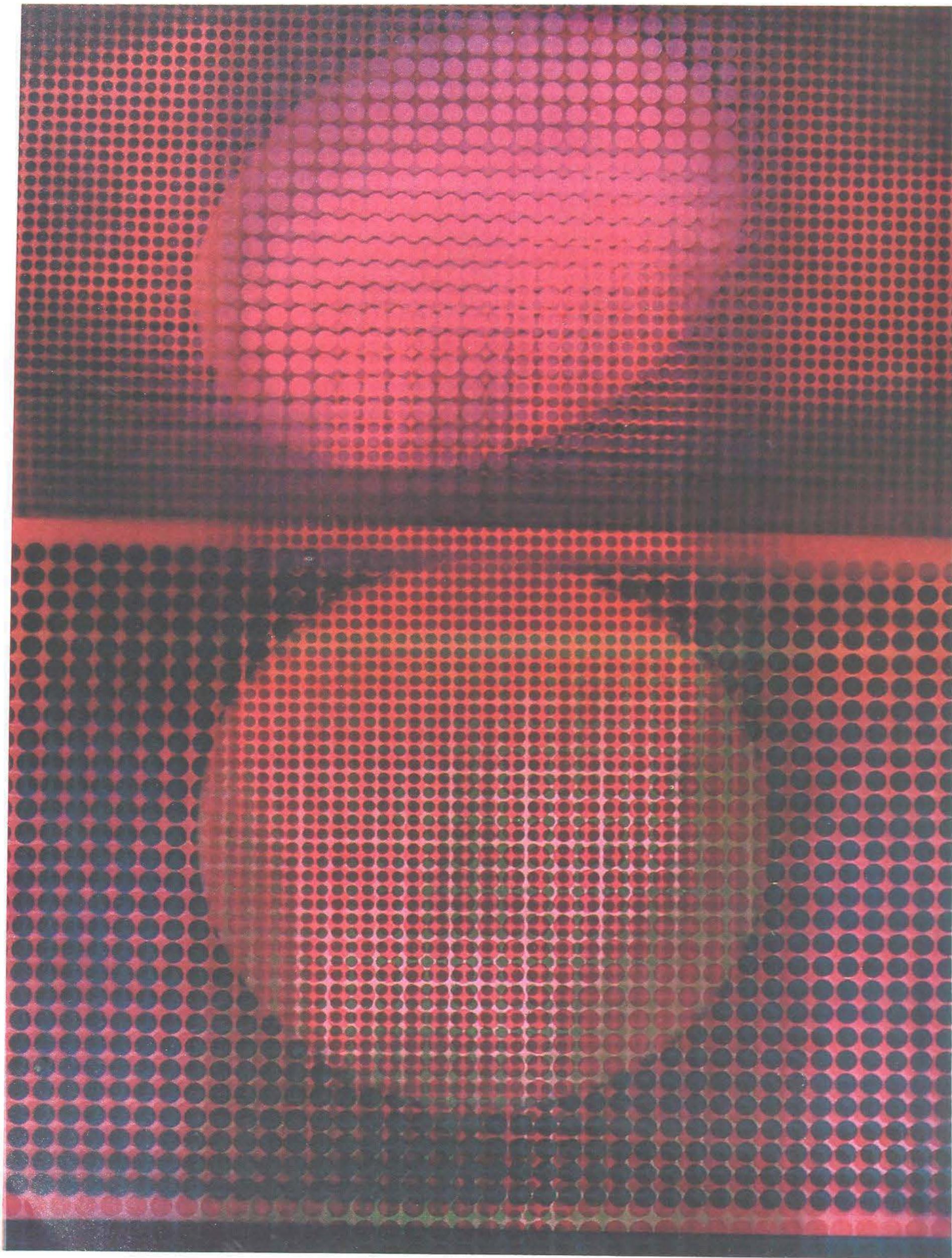
Así, pues, el tema de este libro, lo que resta, es más o menos el del pensamiento educativo de Caldas, tratado de analizar a través de algunos de sus escritos y cartas, y por la vía repetida de citar y citar. Y en este punto, pues ése es el objeto real del libro, es donde hay que señalar, sin ahondar en detalles ni corregir errores, su carencia central: el tratamiento de la documentación: se renueva otra vez la idea de que el documento es para la historia de las ideas un testigo directo, inmediato y expresivo que no requiere ser trabajado desde dentro ni elaborado. Se sigue olvidando o ignorando que se "trata de definir en el propio tejido documental unidades, conjuntos, series, relaciones". A cambio de eso, los documentos citados continúan ahí como una masa inerte que vuelve a reproducirse en el anexo y que en el texto, a cada momento y de una manera que fatiga, se redoblan mediante la conocida técnica del "co-

JULIO ALPUY

URUGUAY 1919



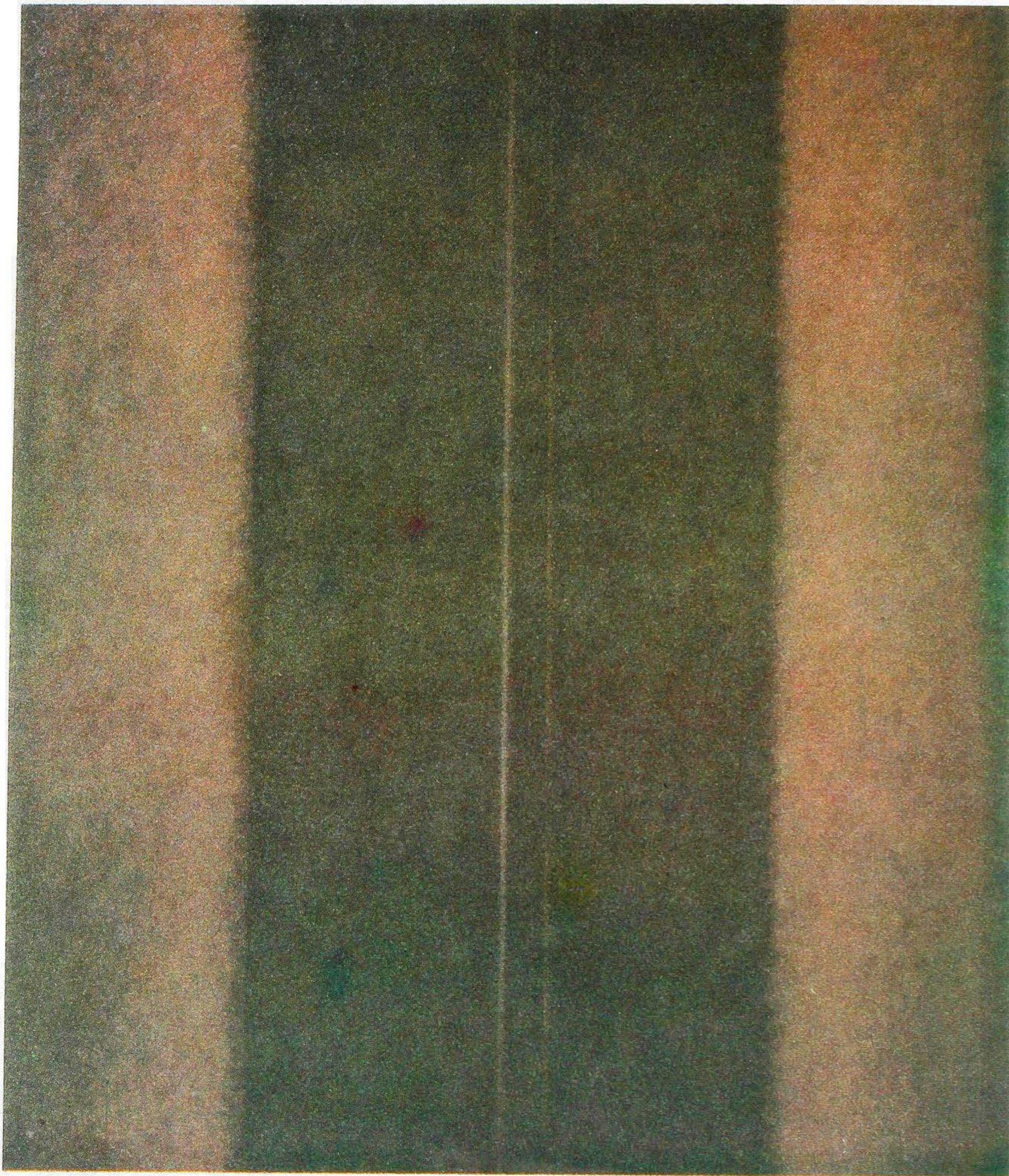
*Composición metafísica*, 1960. Óleo sobre cartón, 73 x 54.5 cm.  
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango (1960).



*Laca número 7*, 1967. Laca sobre tela, 1,95 x 1,30 cm.  
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango (1967).



*La casa naranja*, 1972. Óleo sobre tela, 1.37 x 97 cm.  
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango (1972).



*Rojo y negro*, 1985. Óleo sobre lienzo, 1.80 x 1.45 cm.  
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango (1986).

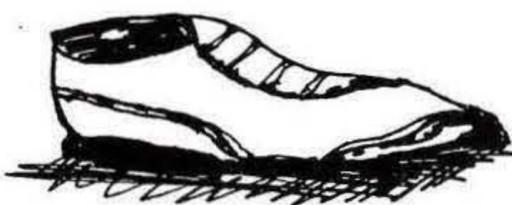
mentario", es decir, mediante la reiteración machacona del documento citado a través de "otro lenguaje". De tal manera que el final de la lectura nos devuelve inexorablemente al punto de partida: el pensamiento de Caldas sobre la educación es lo que Caldas pensaba sobre la educación tal como nos informan sus escritos. A esto se agrega, y no puedo dejar de señalarlo, el casi inefable espíritu anacrónico que gobierna gran parte de los textos de "análisis históricos" que se producen en nuestro medio, pues no falta la opinión por la cual se califica el interés mineralógico de Mutis como "adelantándose en muchos años a los monopolistas de nuestra época"; o la consideración del interés geográfico de Caldas "como precursor del proyecto del Canal de Panamá". ¿Otro ejemplo? "Indudablemente el sistema de educación contratada actual tuvo a Caldas como su programador pionero". Y entonces de nuevo nos asalta la pregunta: este tipo de textos, ¿qué tiene que ver con el principio de lectura crítica que reclama la historia de las ideas y de la cultura?, pues "leer críticamente es renovar, desde nuestro presente provisional de saber, una relación con el pasado que dé a tal pasado su propia configuración".

Desde luego que también inquieta conocer los criterios de selección e inclusión de una colección editorial que se titula de "Investigaciones Históricas" y que parecía prometer tanto si recordamos sus dos primeros títulos: el libro renovador de Javier Ocampo sobre las ideologías de la Independencia, primero, y, luego, el libro ya clásico, por tantos motivos, de Germán Colmenares sobre la historia económica y social del país en la primera etapa de la dominación hispana. Pero de ahí en adelante los directores de la colección parecen haber olvidado que sólo pueden ser considerados como investigación histórica, mínimamente, aquellos esfuerzos coherentes para hacer entrar en crisis un conjunto de respuestas sedimentadas en que una sociedad, un sistema de enseñanza o por lo menos determinada comunidad intelectual

han mostrado tener una confianza excesiva y muy poco fundamentada. Y también permanece como cierta la comprobación que desde hace mucho más de un lustro podía hacerse en nuestro medio sobre el bajísimo nivel habitual de los trabajos que se publican sobre historia de las ideas y de la cultura cuando se los compara con lo que en el campo de la economía y la sociedad han logrado los investigadores de esos terrenos, tal como puede establecerse esa comparación a raíz de la publicación de los tres tomos que conforman el *Manual de historia de Colombia* publicado bajo los auspicios de Colcultura, desnivel y desarrollo desigual al que han sido tan escasamente sensibles las pocas voces que se han referido a ese acontecimiento que para pensar la situación y las condiciones del saber histórico en el país representó esa publicación.

En cuanto al libro en cuestión, y sobre todo, y eso es lo verdaderamente importante, en cuanto a la investigación sobre Caldas y la Ilustración, habrá que terminar señalando la situación en las propias palabras sinceras del libro que reseño: "En cuanto a los escritos de Caldas, a pesar de que se han publicado sus obras completas y sus cartas, es notoria la ausencia de publicaciones analíticas sobre su discurso en general". Con esta afirmación, que hay que tomar en cuenta en serio, termina el libro, y sólo habría que agregar que no es cierto que exista una edición aceptable de las obras completas de Caldas y de su correspondencia. Antes bien, ese es igualmente, otro escollo en la investigación del problema.

RENÁN SILVA



## En los treinta las ciudades publicaban álbumes

Cartagena 400 años y el antiguo Bolívar, s.p.i.

En la portada se lee: *Cartagena 400 años y el antiguo Bolívar*; y en la primera página: "Álbum de Cartagena/ 20 de enero de 1533 al 20 de Enero de 1933. Bajo los Auspicios de María Inmaculada". No hay indicio alguno de quién publicó el álbum original ni de quién lo reedita ahora. Sin conocer el original es imposible saber qué tan fiel copia es. La versión actual tiene pasta dura y el formato más ancho que largo de los álbumes. La información viene en una dosis mayor de imágenes que de texto. En algunas partes el texto también está en inglés. Cada página está bordeada con un marco, las fotografías y anuncios publicitarios están nítidamente reproducidos y todo, letras e ilustraciones, son de color sepia.

El álbum empieza con un retrato de don Pedro de Heredia, fundador de la ciudad en 1533. Sigue luego una *Loa a Cartagena de Indias* escrita por Fernando de la Vega. Es una de esas usuales alabanzas "vibrantes de sagrada emoción y henchidas de reverencia" a la "villa inmortal y nido de leyendas (...) ciudad de mis amores, novia que no envejeces!". Después de dos páginas de fotos panorámicas de la ciudad hay una "Presentación de Cartagena" como el puerto marítimo de mayor importancia en el país. Se muestran enseguida sus riquezas históricas que recuerdan los tiempos de los piratas, y las iglesias, conventos y caserones que dan una idea del antiguo esplendor de la ciudad. Luego aparecen san Luis Beltrán y san Pedro Claver, los ilustres huéspedes de la ciudad en la época colonial. La página siguiente insiste en la conveniencia de usar la "Vía de Cartagena", que ofrece ventajas para la entrada de la carga a su puerto, pues evita tener que colocarla en carros férreos para llevarla a la aduana, como sucedía en Barranquilla, su rival.